

## Fundación de la ciudad de Montreal

Jerónimo de la Dauversière, asentista de contribuciones en la ciudad y territorio de La Fleche, en el Anjou, hombre devoto y místico, había oído un día en sus contemplaciones beatíficas una voz que le ordenaba fundar un hospital para enfermos y construir un hospital servido por monjas en la isla de Montreal, en el Canadá. Por una coincidencia singular tuvo una visión análoga por aquel tiempo un clérigo de París llamado Juan Olier, al cual mandó una voz fundar una asociación de sacerdotes que se estableciera en Montreal para hacer desde allí la propaganda de la fe católica. Por otra coincidencia calificada también de milagrosa, llegaron a conocerse estos dos individuos y convinieron en fundar en la mencionada isla tres comunidades religiosas, una de sacerdotes seculares que se ocuparía en la dirección de los colonos y en la conversión de los indios; otra de monjas para cuidar a los enfermos, y la tercera de monjas también para enseñar la doctrina verdadera a los niños de europeos e indios. Entre ambos consiguieron atraer a algunas personas opulentas a favorecer su idea y constituyeron entre seis socios fundadores la sociedad de «Nuestra Señora de Montreal», con un capital de 75,000 pesetas, que se obligaron a invertir en la empresa sin pretender lucro ninguno en este mundo.

El territorio elegido para su fundación era el más apropiado, pues que la isla de Montreal viene a ser la llave de los ríos San Lorenzo, con sus innumerables afluentes desde aquel punto, y el Otava. La nueva sociedad alcanzó de la «Compañía de la Nueva Francia» la cesión de la isla con todos sus derechos y señoríos, y del rey la confirmación de la cesión con el derecho de nombrar al gobernador y los tribunales y de levantar castillos y fortalezas donde la defensa contra los indios los hiciera necesarios, pero les fué prohibido el comercio de pieles. Los seis socios contrataron cuarenta hombres armados y nombraron jefe de esta pequeña fuerza a un noble valiente y devoto, aficionado a las empresas militares y a ser soldado de la Iglesia; se llamaba Maisonneuve. Este llegó con su gente el 17 de mayo de 1642 a las playas de la isla de Montreal, y antes de saltar en tierra se celebró a bordo un oficio divino en acción de gracias. A este servicio asistió el gobernador Montmagny de Quebec, que como representante de la compañía de la Nueva Francia había acudido para entregar solemnemente al capitán Maisonneuve, representante de la nueva sociedad de Nuestra Señora de Montreal, la isla de este nombre. También asistió el P. Vimont, superior de las misiones y sucesor de Le Jeune, a quien la nueva sociedad, muy prudentemente, había invitado a encargarse de la dirección espiritual de la nueva colonia.

Maisonneuve y los suyos al poner los pies en tierra se arrodillaron y entonaron, llenos de entusiasmo, himnos de gratitud; luego construyeron un altar, adornado lujosamente por las señoras que iban en la expedición, y en medio del mayor silencio fué celebrada una misa y el sacerdote dirigió a los concurrentes una alocución alusiva a la empresa.

A la mañana siguiente todos pusieron manos a la obra; Maisonneuve cortó el primer árbol, los demás siguieron su ejemplo, y tan bien trabajaron que su campamento de tiendas de lona al poco tiempo estaba protegido por un robusto recinto de empalizada con una capilla y altar provisional en el centro de la plaza. Poco a poco fueron reemplazadas las tiendas de campaña con casas permanentes y sólidas de madera. Dos jesuitas dirigían la comunidad, en la cual reinaba de tal modo la paz y la armonía que un cronista la compara con una sociedad de ángeles. Mas en lugar de roturar y la-

brar la tierra, como hombres prácticos y previsores, empleáronse todos los brazos en la construcción de un hospital, obra piadosa que debía servir no solamente para curar indistintamente a franceses e indios enfermos, sino también para la conversión de estos últimos, a cuyo fin se daba albergue y manutención a los indios que lo necesitaban o a sus familias cuando los hombres estaban ocupados en alguna expedición, y esto a pesar de vivir los colonos principalmente de las provisiones que con grandes dispendios se les enviaban desde Francia.

Durante algún tiempo los iroqueses ignoraron la existencia de la nueva colonia, situada a 230 kilómetros aproximadamente al Norte de su territorio; pero desde el momento en que la supieron, se acabó la tranquilidad de los habitantes de Villemarie de Montreal, que era el verdadero nombre de la nueva ciudad. Ya no hubo paseos al bosque inmediato, ni caza ni pesca; los hombres tenían que ir armados al trabajo fuera del recinto y al regresar lo hacían al sonido de una campana y en formación cerrada. Había indios que, ya solos, ya en bandadas, estaban ocultos días y días en la espesura, o detrás de cualquier montículo, para matar a algún individuo de la colonia que se arriesgase fuera del recinto. Otras veces algunos indios simulaban un ataque temerario para hacerse perseguir y atraer a sus perseguidores a alguna celada. Contra este peligro inaguantable los colonos acordaron proveerse de perros de presa, que en efecto remediaron el mal en gran parte. Durante una de las paces efímeras e ilusorias que los gobernantes franceses hicieron con los iroqueses, los jesuitas concibieron la idea atrevida de establecer una misión entre estos mismos salvajes; pero los celosos apóstoles tuvieron que huir a favor de la oscuridad de la noche tan pronto como se hubieron introducido en territorio indio, mientras los salvajes se preparaban a hacerles sufrir una muerte lenta y espantosa. Aunque se salvaron como por milagro, no por eso dejó de caer alguna que otra vez un padre jesuita en las garras de aquellos demonios, aumentando la lista de los mártires.

En general gustaba poco a la Compañía de Jesús la existencia de Montreal con su gobierno independiente, que era un estorbo para su ambición centralizadora, y por lo mismo tenían continuas cuestiones los de Quebec con el gobernador de la plaza. Este, a su vez, estaba en disidencia con el intendente, y a todas estas discordias interiores se añadían las rivalidades de los traficantes y las defraudaciones de sus empleados.

El Canadá o la Nueva Francia había llegado al período de transición en que las factorías de comercio y las estaciones de misiones religiosas pasan a ser verdaderas colonias civiles. Había transcurrido la época del apostolado y de los mártires, y empezaba para el Canadá el gobierno civil y administrativo organizado por el de la metrópoli y dependiente directamente de este. Así lo había comprendido el ministro Colbert, que por lo mismo fué el adversario del vicario general apostólico de la Nueva Francia, obispo de Petrea, Francisco Javier de Laval Montmorency, llamado comúnmente Laval a secas, hijo de una de las familias más aristocráticas de Europa y carácter honrado, concienzudo, ardiente, terco y batallador, nombrado a instancias de los jesuitas para que estos a su sombra pudiesen quedar dueños absolutos de la Nueva Francia.

**El vicario general apostólico de la Nueva Francia y primer obispo de Quebec, Francisco de Laval Montmorency**

El nuevo vicario general partió de Francia en la primavera del año 1659, siendo gobernador del Canadá Argen-

son, persona instruida, inteligente, católico celoso pero prudente, y defensor de los fueros del rey. Pronto nacieron divergencias entre él y el vicario general, que trabajaba por obtener la supremacía de la Iglesia; y si entre los motivos de estas divergencias los había pueriles en apariencia, como el relativo al sitio preferente o de honor en la mesa, no lo eran en el fondo, porque para el pueblo iba envuelta en estas pequeñeces exteriores la idea de superioridad e inferioridad. Para ambos personajes era una espina la independencia de la colonia de Montreal; y además, las continuas desavenencias con el jefe de la Iglesia hicieron dimitir a Argenson su cargo de gobernador. En su lugar fué nombrado el barón Dubois de Avangour, militar veterano con cuarenta años de servicio activo, que no gustaba rodeos y era terco, enérgico e integérrimo. No le fué simpático el vicario general apostólico, pero queriendo vivir en paz con los jesuitas evitó todo conflicto.

En aquel tiempo el abuso del aguardiente, introducido en grandes cantidades por los compradores de pieles, tomó proporciones peligrosas. Los indios se apasionaron muy pronto de esta bebida y la consumían solo para embriagarse. En este estado, eran verdaderas fieras y cometían las mayores atrocidades. El abuso creció tanto que peligraba la civilización en general y fué preciso adoptar medidas enérgicas para ponerle coto. El vicario excomulgó a los vendedores de este artículo y el gobernador civil llegó a imponer pena de muerte, y en algunos casos hasta la hizo aplicar, a los que se ocupaban en el comercio de aguardiente; mas a pesar de todos los rigores, creció el mal.

El vicario general aprovechó este desorden para deshacerse del gobernador civil. Embarcóse para Francia y presentó sus quejas al rey, el cual hizo llamar al barón Dubois y autorizó al vicario general para nombrar un gobernador a su gusto; además hizo renunciar a la compañía de la Nueva Francia sus derechos soberanos, a fin de que el gobierno del país recayera por entero en la Iglesia. El vicario nombró gobernador a un oficial del ejército muy devoto, llamado Mezy, pero este tampoco sufrió que la autoridad de la Iglesia se encumbrara sobre la del rey; por lo cual Mezy fué exonerado de su cargo. El poder del vicario era grande en la corte, ya por su elevada cuna, ya por su fama de santidad y principalmente por el apoyo de los jesuitas. A todas estas consideraciones debió ser preconizado primer obispo de Quebec.

En esta nueva calidad, deseando que el clero de su diócesis se compusiera de hijos del país, educados bajo su dirección y su vista, fundó en 1662 en Quebec un seminario, que siglo y medio después fué transformado en universidad y sigue llevando el nombre de Laval.

La influencia de este prelado, llamado con razón el padre de la Iglesia del Canadá, se siente todavía hoy en aquel país al cabo de más de dos siglos.

En la época de que ahora tratamos reinaba en Francia Luis XIV y dirigía la administración su célebre ministro Colbert, cuyo sistema económico era el proteccionismo llevado hasta el último límite. Este sistema llevaba entonces consigo las concesiones de monopolios, porque solo así era posible despertar el espíritu de empresa y poner en circulación los capitales; y los defectos del monopolio, conocidos hoy, se hicieron sentir también en el Canadá. Una de las compañías más importantes que nacieron a impulsos de Colbert, tan incorruptible e íntegro como deseoso de hacer de la Francia un país rico y próspero, fué la Compañía del Oeste, autorizada por el rey en 24 de mayo de 1664. Era socio toda persona que dentro de un plazo señalado se interesara en la sociedad por 3,000 francos, y el objeto de la compañía era promover

el comercio entre la Francia y la costa occidental del Africa desde el Cabo Verde hasta el de Buena Esperanza, con América desde el río de las Amazonas hasta el Orinoco y las Antillas, y en el Norte desde la Florida hasta la bahía de Hudson. El edicto de autorización cedia a la citada sociedad para siempre, bajo la soberanía de la corona, todos los territorios que ocupase y colonizase dentro de estos límites, y la autorizaba para construir plazas fuertes y buques de guerra, fundir cañones, hacer la paz y la guerra, establecer tribunales, en una palabra, para ejercer los derechos de soberanía y además el del comercio exclusivo por cuarenta años. En cambio, estaba obligada a expulsar de todos sus territorios a las personas que enseñasen otras religiones distintas de la católica, apostólica, romana, y a proveerlos en cambio de los sacerdotes católicos necesarios.

La codicia miope de los directores de la sociedad empleó su monopolio de comercio en vender a los habitantes de las colonias, a precios exorbitantes, los artículos de consumo que necesitaban de la madre patria. Los habitantes del Canadá hallaron tanto más dura esta situación cuanto que recibían de Francia hasta los comestibles más indispensables, y ni siquiera pagándolos a la sociedad a grandes precios los recibían en cantidad suficiente. Por tanto, el país habría quedado esquilmo y despoblado si no se hubiese quitado a la sociedad el privilegio exclusivo del comercio de pieles, dejándola en cambio un derecho sobre las pieles de castor y de alce. Pero continuó con la exclusión del comercio entre el San Lorenzo Bajo y la bahía de Hudson y con la del transporte en sus buques de las pieles destinadas a Europa, lo cual paralizó por otra parte la actividad de los comerciantes del Canadá. En cambio, se impuso a la sociedad la obligación de pagar los sueldos de los gobernadores, jueces y demás funcionarios públicos de las colonias, funcionarios que el rey seguía nombrando como si no hubiese cedido este derecho soberano a la Compañía del Oeste. Luis XIV quería de veras hacer del Canadá otra Francia próspera y feliz, y nombró gobernador al señor de Courcelles, intendente a Juan Talon y jefe militar al teniente general marqués de Tracy. Este se embarcó para su destino con doscientos soldados del regimiento de Cariñan y gran número de nobles, deseosos de ver el Nuevo Mundo, del cual los jesuitas habían contado en sus *Relaciones* tantas maravillas y tantas cosas novelescas. El rey hizo embarcar también colonos, y sobre todo mujeres jóvenes para que allí se casaran, a fin de fundar familias, y finalmente ganados de cría de todas clases, prometiendo enviar pronto otros mil hombres del citado regimiento con su jefe Salières, como se verificó en efecto. Los habitantes de Quebec vieron con gran satisfacción y los indios con mudo asombro la entrada en la ciudad de este regimiento de veteranos, que había hecho la guerra contra los turcos, entrada que verificó al son de sus tambores, con aire marcial y vistoso uniforme. Era la primera fuerza de tropa de línea que la Francia enviaba al Canadá.

## Expedición contra los iroqueses y desenvolvimiento del Canadá

El día 14 de setiembre, Tracy y Courcelles, a la cabeza de 1,300 hombres, a saber, 600 soldados de línea, 600 canadienses, 100 indios de las misiones y dos cañones, salieron de Quebec para castigar seriamente a los iroqueses. Llegado que hubieron a la primera aldea iroquesa no se entretuvieron en hacer jugar sus cañones, sino que hicieron tocar a sus veinte tambores al ataque. Los indios, que dos días antes ya habían trasladado sus mujeres e hijos a otra parte, quedaron tan estupefactos al oír el formidable redoble de las cajas y al ver las en apariencia inmensas filas de los guer-

meros franceses, que dominados de un indecible pánico huyeron a su población inmediata y así sucesivamente, porque los franceses tomaron una tras otra hasta cuatro, arrasando todas las fortificaciones de los indios, reduciendo a cenizas sus moradas y provisiones, y hasta los granos que habrían podido necesitar ellos mismos. Los jefes tomaron solemnemente posesión del territorio en nombre del rey de Francia y erigieron en todas partes cruces y postes con las armas reales de Francia. Esta vez duró la paz veinte años y los jesuitas la aprovecharon muy diligentemente para volver a establecer sus misiones entre los indígenas.

Tracy regresó a Francia, pero Courcelles y Talon quedaron en sus respectivos puestos, y el último se dedicó con tanto celo a su cargo que hizo honor a su maestro Colbert. Talon construyó buques para dar el ejemplo a los canadienses; envió ingenieros para descubrir minas de hulla, plomo, hierro y cobre, y efectivamente se encontraron grandes criaderos de hierro; pero debían pasar tres generaciones antes de que llegasen a ser beneficiados. También encontraron ricas minas de cobre cerca del lago Superior, pero la gran distancia no permitió explotárselas. Con celo incansable esforzose Talon en hacer brotar industrias y en fomentar las artes industriales; hizo fabricar alquitran y envió un barril para muestra al rey; excitó a los industriales a dedicarse a la fabricación de paños, elaborando la lana que daban los rebaños de carneros producidos por los individuos de esta raza enviados por el rey.

Igualmente cuidó Talon del establecimiento de fábricas de curtidos, de calzado y de sombreros. Introdujo y fomentó la fabricación de potasa y de jabón; mandó recoger plantas textiles y enseñar su aprovechamiento, siquiera para la cordelería, y proveyó a las monjas ursulinas de cáñamo y lana para que pudiesen enseñar a las niñas a hilar y tejer. Por otra parte tuvo cuidado especial en entablar relaciones mercantiles entre el Canadá y las Antillas, y para abrir el camino envió allí un cargamento de bacalao, salmon y anguilas curados, aceite de pescado, guisantes secos, duelas y tablones, para venderlos y comprar con el resultado de la venta azúcar, que debía ser vendido en Francia, desde donde regresaría al Canadá el buque cargado de artículos franceses de consumo en la Nueva Francia. Aquel hombre incansable estableció una fábrica de cerveza en Quebec para disminuir el aterrador consumo de aguardiente. Trató también, aunque en vano, de abrir una comunicación terrestre con la Acadia ó Nueva Escocia, empresa que repitieron otros gobernantes después, pero siempre con el mismo resultado negativo; en cambio los exploradores de Talon llegaron hasta la bahía de Hudson, y Saint-Lusson, encargado de estas misiones, tomó posesión en nombre del rey de Francia de los lagos Superiores. En vano Talon aconsejó repetidas veces al gobierno que comprara u ocupara a la fuerza la isla de Manhattan, en la cual está construida la parte antigua de la ciudad de Nueva York, para exterminar simultáneamente y para siempre desde el Norte y el Sur a los iroqueses. A todo esto hay que añadir que aquel hombre notable jamás abusó de la confianza de que gozó, teniendo innumerables ocasiones de hacerlo.

Mientras Talon se desvivía para hacer brotar por doquiera fuentes de riqueza y de bienestar, procuró el rey aumentar la población del Canadá. Al subir Luis XIV al trono toda la población blanca del Canadá, comprendiendo los jesuitas, las monjas, los comerciantes y los colonos industriales, no pasaba de 2,500 almas. Esto duró hasta la mayor edad del rey; pero desde entonces Luis XIV se cuidó de enviar gente a la Nueva Francia, donde se quedó también una gran parte de los individuos, oficiales y soldados del regimiento de Cariñan, transformados en colonos. Agentes

del gobierno recorrían las provincias de Francia para reunir emigrantes. Todo soldado raso de las fuerzas regulares enviadas al Canadá, que se casaba ó prometía casarse y establecerse en el país, recibía una gratificación de cien francos, ó si lo prefería, cincuenta francos y viveres para un año. Los oficiales recibían en iguales circunstancias sumas mayores y concesiones de vastos terrenos. Así nacieron colonias militares, porque los oficiales cedieron con ciertas servidumbres parcelas de sus territorios a los soldados rasos, formándose ciudades y aldeas feudales a orillas del San Lorenzo, que recibieron los nombres de los señores del territorio, como Sorel, Chambly, Saint-Ours, Contrecoeur, Varennes, Vercheres, etc.

Para facilitar la formación de una población blanca indígena envió el rey cada año gran número de mujeres casaderas, especialmente robustas mozas del campo, prácticas en los trabajos agrícolas, todas las cuales recibían un dote al casarse en la Nueva Francia, casamiento que se verificaba pronto, pues nunca bastaban los envíos para satisfacer las demandas. También dispuso el rey que cada hombre que se casara antes de tener veinte años y cada mujer que tomase marido antes de los diez y seis, recibieran una gratificación de veinte francos. Todo padre de familia que tenía hijos de estas edades relativas sin casar, era castigado y debía presentarse cada seis meses ante la autoridad de su pueblo para declarar la causa de la continuación del celibato de sus hijos ó hijas núbiles. Poco antes de la llegada de los buques que llevaban los preciosos cargamentos de hembras se avisaba públicamente a los que habían solicitado esposas, que dentro de quince días, a contar desde la llegada de las mujeres, debían efectuar su casamiento. Según las ideas del rey, debía haber también una nobleza canadiense indígena, y en su consecuencia publicó otras disposiciones análogas a las anteriores para favorecer la formación de matrimonios entre los oficiales y las jóvenes de familias distinguidas. Finalmente, concedió por un edicto una renta anual de trescientos francos a todo matrimonio que tuviese diez hijos legítimos y una renta de cuatrocientos francos al que tuviese doce. A consecuencia de estas disposiciones hubo en la colonia, durante el año 1671, cerca de setecientos nacimientos, número enorme atendida la escasa población.

La población indígena, que se fué de esta manera formando rápidamente, era en su esencia feudal, bien que dentro de los límites que convenían a la corona de Francia, según había calculado Richelieu, cuyo sistema continuó Luis XIV. Los feudos que este rey concedió en el Canadá sirvieron para establecer decentemente a nobles franceses empobrecidos. Estos, si recibían feudos extensos, los dividían en sub-feudos a cambio de ciertos censos anuales en dinero ó productos, que en los primeros tiempos eran hasta ridículamente modestos. Muchos de estos sub-feudos han continuado durante dos siglos en una misma familia de labradores. Esta clase se encontraba en el Canadá incomparablemente mejor que en la madre patria, donde era esquilada por los señores territoriales y por los enormes impuestos del gobierno. El rey tuvo el buen tacto de no permitir ni un extremo ni otro en el Canadá, sin dejar por esto de sentir una gran satisfacción por la formación de una nobleza canadiense. Esto hizo que las turbas de nobles franceses que fueron al Canadá para hacerse allí posiciones a su manera tiránica y altanera, se volvieran en su mayor parte muy desengañados a su país. La nobleza del Canadá se formó con los oficiales del regimiento de Cariñan y aquellos colonos que recibieron cartas de hidalguía del rey por medio de algún sacrificio en metálico. Esta facilidad dió lugar a una fiebre de nobleza en las ciudades y en el campo, entre

los comerciantes y labradores, que faltos de medios trataban de hacer fortuna dedicándose al comercio clandestino de pieles, traficando como contrabandistas con los cazadores indios en medio de las selvas, arrojando mil peligros y transformándose en jefes de bandas compuestas de franceses vagabundos y montaraces, amantes de la vida selvática. A estas bandas, que venían a ser la vanguardia de la civilización, se debe el conocimiento de los territorios del Noroeste, cerca de los grandes lagos, el de la región del otro lado del Mississippi, el descubrimiento del curso de este río desde sus fuentes hasta su desembocadura, el descubrimiento del río Ohío, de las montañas Peñascosas y la fundación de las ciudades de Detroit, San Luis y Nueva Orleans.

El gobierno del Canadá estaba modelado por el de las provincias de Francia. A su cabeza estaba un gobernador de elevada cuna y a veces emparentado con la familia real, pero que en todo caso vivía con la ostentación propia de los grandes señores de aquella época, si bien en el fondo era muy limitado su poder, conforme lo exigían los principios autocráticos de Luis XIV. Así es que al lado del gobernador estaba el intendente, por lo general un hombre de la clase media, práctico en la administración y en las leyes, el cual era el que dirigía toda la máquina administrativa, fiscalizaba sigilosamente los actos del gobernador y solía ser mirado con desprecio por este. El gobernador del Canadá era también jerárquicamente superior al intendente, mandaba la fuerza armada, dirigía la política extranjera de la colonia, es decir, sus relaciones con las tribus independientes indígenas y con las colonias de otras naciones, y en todas las funciones de aparato tenía la preeminencia sobre el intendente y sobre los demás funcionarios. Su poder era mucho más grande que el de sus colegas en Francia; pero solo por el hecho de la grandísima distancia que separaba la colonia del rey y de sus ministros, distancia que hacía que las quejas, recursos y apelaciones de sus administrados y los informes del intendente, así como las respuestas y decisiones de la metrópoli, llegasen tarde y difícilmente. Había gobernadores también en Montreal y Trois-Rivières, pero sus atribuciones eran limitadas. El intendente, que cuidaba de la hacienda, de la administración de justicia, de las obras públicas y de todo lo relacionado con la administración civil, enviaba al ministro anualmente relaciones circunstanciadas de cuanto ocurría, de lo que hacía y había hecho el gobernador y de los sucesos políticos y noticias personales. El gobernador también se comunicaba directamente con el ministro.

El gobernador y el intendente se observaban entre sí y estaban forzosamente recelosos el uno del otro; por consiguiente en el fondo eran enemigos. En estos dos funcionarios y en el consejo ó tribunal superior se concentraba todo el poder legislativo, judicial y ejecutivo de la colonia. Los tres dependían directamente del rey. El consejo tenía su fiscal ó abogado general, que llevaba ante el mismo las causas sobre las cuales debía fallar en justicia; había un secretario que llevaba las actas, y ejecutores de los fallos y sentencias. El consejo se reunía una vez por semana, y como tribunal superior estaba autorizado para organizar y establecer tribunales inferiores ó juzgados en toda la colonia y nombrar los jueces y demás funcionarios del ramo. El rey nombraba, sin embargo, un magistrado superior por cada una de las tres circunscripciones judiciales en que estaba dividido el Canadá; y fuera de todo esto tenía cada señor feudal cierta jurisdicción dentro de su territorio. Sobre todos estos tribunales, jueces, magistrados, y hasta sobre el consejo supremo, estaban los fallos del intendente, el cual se hallaba autorizado para decidir toda clase de causas, si bien lo hacía solo en aquellas que sur-

gian entre los señores feudales y sus vasallos. Contra sus fallos solo podía apelarse al rey.

En el año 1674 fué anulada la patente de la Compañía del Oeste y declarado libre el comercio para todos los súbditos del rey, si bien se impusieron sucesivamente diferentes restricciones. En su consecuencia formáronse desde entonces muchas empresas nuevas, que con pocas excepciones recibieron la autorización del monarca en cambio de cierta suma que debían pagar a la corona; de modo que todo el mundo se acostumbró a esperar todo del gobierno. Este quiso a su vez reglamentarlo todo, y en primer lugar el comercio de pieles, a cuyo fin instituyó ferias anuales; pero los traficantes no cesaban de ir a buscar esta mercancía entre los indios mismos, llevando consigo el aguardiente con el cual pagaban las pieles, y así las obtenían a precios muy bajos. A este fin estos compradores fraudulentos, que a menudo eran agentes del mismo gobernador ó del intendente, se fueron estableciendo cada vez más cerca de los indios, con lo cual dieron lugar a nuevas colonias más arriba de Montreal.

#### El conde de Frontenac

Este hombre, nombrado en 1671 gobernador del Canadá, ocupa uno de los puestos principales en la historia colonial de la América del Norte. Hijo de una familia distinguida y antigua, fué comandante del regimiento de Normandía a la edad de 23 años, y tres años después mariscal (capitan general). Era hombre absoluto, terco hasta la necedad, brutal sin consideración, con alguna intermitencia de moderación y bondad; instruido en las letras, elegante, discreto y práctico en los salones y en la corte, activo, incansable, previsor, astuto, de claro juicio y de resoluciones rápidas, inflexible aunque todo pareciera hundirse y de recursos inagotables. Poseía también el don de conquistar el afecto de todas las personas que con él se rozaban; y aunque tenía 52 años cuando pisó por primera vez el suelo del Canadá, estaba todavía en la plenitud de sus fuerzas corporales é intelectuales, que parecían desafiar al tiempo. Acostumbrado como militar a la vida de campaña y como aristócrata a la de la corte, al fausto y magnificencia de los salones de Versalles y de Saint-Germain, alojóse en la modesta morada de Quebec en medio de una población compuesta de una clerecía adusta y tétrica, comerciantes vulgares, traficantes rudos, franceses montaraces, especie de cimarrones blancos, é indios con el cuerpo pintado y la cabeza cubierta de una fantástica toca de plumas.

Frontenac era hombre de obras y no de cavilaciones y recuerdos melancólicos. Como tantos de su clase en aquella época, no podía reconciliarse en su interior con el sistema monárquico centralizador que abrumaba sin misericordia a todo el que pretendía eludir poco ó mucho el poder nivelador del monarca autócrata. El ideal del conde era la organización política basada sobre los tres brazos, la nobleza, el clero y el pueblo, que en determinados límites intervinieran en el gobierno del país. Esta organización, que conservaban a la sazón todavía algunas provincias de Francia, quiso establecerla el conde en el Canadá. Poco ó nada le costó organizar el brazo del clero, porque entre jesuitas y el personal clerical del seminario había material sobrado para ello; el brazo de la nobleza se organizó con algunos nobles establecidos en Quebec y con los oficiales de la fuerza de línea acantonada en la misma ciudad; y el tercer brazo se formó con los comerciantes y demás ciudadanos con casa abierta en la colonia. El 23 de octubre del año 1672 se reunieron en la capital los tres brazos del Canadá debidamente convocados en parlamento, con toda la solemnidad y aparato po-